

Introducción

Mario Pedro Díaz Barrado

Universidad de Extremadura

El proceso de integración europea. La Unión Europea y los desafíos actuales: nacionalismo, globalización, terrorismo e inmigración

En el marco de una viva dinámica científica –que se prolonga ya por varios años– y de una estrecha colaboración entre la Universidad de Extremadura y la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste, los textos que aquí se reúnen son el resultado de un curso de verano celebrado entre los días 10 al 12 de julio del año 2019.

El título del curso pudiera sugerir que se trata de una especie de lamento sobre Europa. Abordar asuntos como el nacionalismo, el terrorismo, la inmigración o la globalización sería la expresión de que los problemas de Europa son graves e importantes (aunque por otro lado resulten ser problemas que afectan al mundo en su totalidad) pero, al tiempo que graves problemas, pueden resultar desafíos que se transforman por eso mismo también en oportunidades. Los desafíos europeos hay que afrontarlos desde una perspectiva positiva.

Como bien señaló Ramón Jaúregui en la ponencia inaugural del curso, la primera década del siglo XXI vio nacer en Europa una crisis económica y financiera que puso en cuestión la moneda única, pero también incrementó la gran presión migratoria –intensificada a raíz de la Guerra de Siria– y que ya sufría el continente desde años antes. A la vez, el denominado *Brexit* –un proceso iniciado en 2016 cuando el primer ministro británico, David Cameron, convocó



un referéndum para la posible salida de su país de la UE– ensombreció aún más el panorama. Y a todo ello vino a sumarse el terrorismo, aparecido en territorio europeo con los atentados de 2004 en Madrid y la posterior propagación por distintas ciudades europeas. Por último, pero no menos preocupante, todo ello produjo el reforzamiento del nacionalismo, un nacionalismo caracterizado muchas veces por su naturaleza antieuropea y que tiene su base en las consecuencias sociales de la crisis económica, sobre todo en el sur, con el empobrecimiento de las clases medias y el crecimiento de la desigualdad.

Ante la magnitud de los problemas expuestos, el proyecto europeo, que nació desde realizaciones muy humildes aunque trufadas de un enorme entusiasmo, aspiró siempre y a medida que pasaba el tiempo a ser cada vez más grande. Si dejara de aspirar a la grandeza, sin desatender las realizaciones, estaría condenado a fracasar. Uno de los problemas que se menciona en el frontispicio del curso, la inmigración, es decir, una variable de la demografía, es consecuencia de otro reto del que hablamos mucho pero que abordamos con pereza: el envejecimiento de la población en Europa. Para afrontar ese problema no basta con recluirse en la comodidad, sino enfrentarlo con decisión.

Apenas concedemos relevancia –porque se acepta como algo natural– que de la crisis económica que estalló en 2008 se está saliendo. En gran medida esto es así gracias a la existencia de la Unión Europea, que ha actuado como verdadero muro de seguridad y, a veces esto se olvida, como verdadero gendarme de los países que se desviaban o emprendían caminos inciertos para afrontar esa crisis económica que amenazaba con colapsar sus economías.

Lo peor siempre son las herencias o secuelas que dejan las crisis. Los problemas que hicieron emerger los nacionalismos tal vez se superen, pero la herencia y la tentación por echarse en brazos de esos movimientos permanece. Pasó lo mismo con los totalitarismos de los años 30 del siglo XX, que se reforzaron aún más cuando se superó la crisis de 1929. Por eso tal vez la peor consecuencia de la crisis económica del 2008 sean esos nacionalismos victimistas, que ofrecen a sus seguidores librarse del yugo de la responsabilidad que exige el club de la UE mientras prometen horizontes grandiosos.

Pero los problemas que abordó el curso son también síntomas de algo que debemos enfrentar desde una doble consideración, pues cada uno de ellos encierra de forma inseparable dos caras aparentemente enfrentadas pero, en definitiva, complementarias: el nacionalismo contemplado desde la fugacidad que impone el continuo río de noticias sobre sus expresiones tan variadas hace olvidar que los pequeños nacionalismos reniegan de Europa, pero que, al mismo tiempo, nadie se quiere ir del club (Visegrado en el Parlamento europeo, los nacionalismos periféricos en España). Los grandes nacionalismos, como empieza a suceder con Gran Bretaña, inician sendas inexploradas que el tiempo dirá si son acertadas y que están cargadas de incertidumbre, pero mientras tanto se afanan por seguir estableciendo buenas relaciones con los países de la UE. En cuanto al Terrorismo, nos sentimos impresionados por los atentados, que muchas veces parecen anunciar el final de nuestra civilización, pero tras el impacto del momento olvidamos pronto sus verdaderas consecuencias.

Quizás el fenómeno más importante y persistente sea el que se ha denominado las noticias falsas (*fake news*), pues apenas nos hemos dado cuenta de que la idea de verdad se está evaporando, como se evaporó en la crisis de los años treinta del siglo XX con las consecuencias que todos conocemos. Recuperar la veracidad (pues no existen verdades inmutables) no está reñido con la necesidad de discrepar. Pero las redes sociales no pueden servir para desinformar y, sin embargo, eso es lo que están haciendo prioritariamente, al menos hasta hoy. Tenemos que recuperar la intención por la verdad y a los jóvenes está encomendada esa tarea, sobre todo mientras no se instituya un modo de proceder diferente al que actualmente se impone sin remedio, el que aboga por el falseamiento o la mentira para lograr los objetivos que se pretenden a toda costa y sin importar los daños, sobre todo los que no se perciben de inmediato.

Una parte de la juventud actual puede deslizarse también por la dinámica de la obtención inmediata de resultados beneficiosos, pero es de esperar también que haya otra parte que se percate de la importancia de conservar los logros obtenidos con tanto esfuerzo, al tiempo que se critican los desaciertos o se remueven los obstáculos. Muchos jóvenes hoy critican a la Unión Europea, pero a la vez se benefician de sus logros (según ellos funciona bastante mal, pero les

gusta el euro; no avanza, por ejemplo, en la afirmación cultural, pero el programa Erasmus es lo más importante que les ha pasado). Contradicciones que hacen que lo que flota en el mar agitado de la información no sea lo más importante, sino lo que está en el fondo.

Para eso hay que recuperar la idea de los fundadores: ser honestos (en el mejor sentido de la palabra), diagnosticar los verdaderos problemas y enfrentarlos como conviene al proyecto europeo, más allá de intereses particulares o de justificaciones oportunistas. Es evidente que los intereses privados siempre serán una parte esencial de la condición humana, pero a la vez será posible no perder de vista que es más importante conservar los objetivos comunes si no queremos dañar irreversiblemente los intereses sectoriales. La historia de la humanidad nos enseña que en muchas ocasiones el hombre ha sido consciente de la necesidad de conciliar ambas pulsiones. La propia Unión Europea nació para mitigar el exceso de particularismo, para mirar más allá de los nacionalismos egoístas y, por eso, volver a las andadas sería muy peligroso. Dado que cada generación se inventa a sí misma y quiere afirmar un proyecto propio, es necesario contar con la experiencia del pasado para evitar repetir errores que puedan resultar funestos.

A través de las aportaciones de los ponentes de este curso veremos configurarse diversas propuestas para reforzar y consolidar el proyecto europeo, sin eludir los problemas que nos atañen a todos pero sin buscar atajos para no enfrentar los retos que permitan la supervivencia de este proyecto tan apasionante.

Los temas que se abordan son muy variados y casi siempre muy complejos. La Unión Europea es lo que el antiguo presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, definió hace más de 30 años como un *OPNI* (Objeto Político No Identificado), por ello resulta muy complicado entender la proyección de la UE como un Estado más, o incluso como un conglomerado de Estados, porque no es ni una cosa ni la otra.

Un primer bloque de interés en este trabajo es el papel de la Unión Europea en el mundo, cuestión que abordó Iliana Olivie del Real Instituto Elcano. A través de un índice de presencia global desarrollado por el propio Instituto, trató de mostrar la presencia pero también la influencia de la UE en el mundo desde consideraciones económicas, militares y otras más intangibles o *blandas* pero no menos relevantes. De su intervención se dedujo una conclusión algo decepcionante, toda vez que demostró que el papel de la Unión podría ser mucho más relevante si lograra traspasarse el límite de la colaboración para ir a una mayor integración, pues el indicador demuestra que, considerada como un Estado, la UE podría tener la misma influencia mundial que USA o China, aunque obviamente esto no es así en la actualidad.



Como una derivada complementaria del papel de la UE en el concierto internacional se plantea la aportación de la profesora Del Campo García, de la Universidad Complutense, centrada en las relaciones entre Iberoamérica y la Unión Europea y, en este contexto, el papel de España como interlocutor privilegiado entre las dos realidades. La conclusión de su trabajo es quizá también algo desalentadora, pues pone de manifiesto el cambio que han sufrido las relaciones internacionales con el desplazamiento hacia el eje Asia-Pacífico en los últimos años, aunque también sea cierto el avance en la colaboración y el entendimiento de la UE con una región por otra parte tan inestable y sometida a muchas contradicciones internas. El problema es casi siempre el mismo: ir más allá de las buenas intenciones o de los lugares comunes.

Hay que señalar, como un conjunto específico, el panel que configuró el debate vespertino del primer día sobre Europa, a instancias del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, en el que participaron varias personalidades adscritas al mismo y que fue coordinado por el profesor Aldecoa de la Universidad Complutense, en estos momentos presidente de la sección española de dicho Consejo Federal. El profesor Aldecoa se mostró muy optimista sobre el futuro de Europa a pesar de los desafíos y expuso la realidad incontestable del crecimiento del apoyo a Europa entre los ciudadanos y el reforzamiento de fuerzas políticas centristas y europeístas frente a la alarma, en su opinión excesiva, sobre los extremismos, si bien es evidente la crisis de las fuerzas tradicionales: populares y socialistas.

Con otras intervenciones relevantes sobre el papel exterior de la UE, el problema del *Brexit*, la política social, el mercado único y hasta la política regional, se cerró este panel con un encendido debate donde los jóvenes alumnos participaron con pasión, poniendo de manifiesto que existen ya logros irreversibles

sobre la existencia incontestable de la Unión Europea y su papel en el mundo actual y, al mismo tiempo, que ciertas generalizaciones no servirán en adelante para detener la verdadera conciencia europea de, al menos, una parte de la juventud educada ya en los Erasmus y la interconexión entre culturas europeas.

La aportación al día siguiente del, aún entonces, Ministro de Asuntos Exteriores de España y actual Alto representante de la UE de Asuntos Exteriores Josep Borrell, se centró en describir los retos del futuro inmediato de la Unión, sin dejar de mostrar los aspectos positivos como el aumento de la implicación de los jóvenes y la creciente participación en las elecciones europeas, lo que debe traducirse en dar más énfasis a la política y menos a lo tecnocrático. Para Borrell existen tres aspectos esenciales para el futuro próximo, casi inmediato, de la UE: completar la unión económica y monetaria (sobre todo en materia fiscal), llevar a cabo un pacto por el clima y el empleo (potenciando la imposición a los que ahora la eluden –empresas tecnológicas– para impulsar políticas verdes) y aumentar la presencia exterior de la Unión (sobre todo en un mundo que hará de la UE un enano demográfico frente a potencias emergentes). Si no se consiguen avances relevantes en estos aspectos se corre el riesgo de que las nuevas generaciones pierdan la ilusión por la UE y que ello se traduzca en una pérdida de legitimidad del proyecto europeo. Porque el proyecto de la Unión Europea debe ser cada vez más de los propios ciudadanos de la Unión, tanto al menos como de los políticos encargados de gestionarlo, abandonando al mismo tiempo ciertas actitudes elitistas generadas por los beneficiarios de las políticas europeas que todavía no alcanzan al conjunto de la población.

Dentro de un conjunto de asuntos que tienen como referencia esencial la mirada al pasado, las aportaciones de los profesores Moradiellos y Pinilla, de la Universidad de Extremadura, resultan muy importantes porque significan el contrapunto al exceso de *presentismo* que rige la dinámica política en Europa en la actualidad.

El profesor Moradiellos plantea que, aunque a veces resulte algo desconocido por obvio, los fines esenciales que hicieron nacer a la UE son la paz, la defensa de los derechos humanos y la prosperidad, cosas que se dan por conseguidas de oficio, pero que era precisamente lo que faltaba en la Europa devastada por la Guerra a mediados del siglo XX. El impulso nacido para alcanzar esos objetivos tuvo como resultado la Unión Europea actual y ha convertido el disfrute de esos logros en algo normal, cuando en el resto del mundo apenas se han alcanzado en algunas otras áreas privilegiadas y nunca con la intensidad y la generalidad que tienen en Europa. Pero de eso no parece que nos demos cuenta, lo estimamos tan normal como que empiece un día cada 24 horas, cuando en verdad son logros conseguidos gracias al esfuerzo y la voluntad de las generaciones precedentes de europeos que querían huir de las tragedias vividas.

Desde una premisa conceptual muy atractiva, el profesor Pinilla se centra en la preocupación por el pasado desde la reflexión sobre tres tipos de tiempo: el tiempo lineal, el tiempo bifurcado y el tiempo circular, que nos pueden conducir a los horizontes de futuro para la Unión Europea. El tiempo es una preocupación central para el historiador y el trabajo del profesor Pinilla, expuesto con pasión y con brillantez, consigue llevarnos al planteamiento de interrogantes que reflejan muy bien las preocupaciones actuales, desde la posibilidad de pérdida o degradación de lo conquistado hasta ahora, a la reflexión sobre las crisis que ha atravesado la UE a lo largo de su historia (entendiendo la crisis como posibilidad y no solo como riesgo). La vida de las organizaciones –y la UE sería una muy relevante– está sometida a la posibilidad del fracaso o incluso la extinción, a la impotencia redundante y, sobre todo, a la necesidad de elección continua entre varias posibilidades: los senderos que se bifurcan. El acierto en la elección es clave y, en estos momentos, la UE se enfrenta con el *Brexit* pero también con la necesidad de abordar otros problemas hasta ahora postergados de forma recurrente.

Matilde Fernández, antigua ministra de Asuntos Sociales, se enfrenta a uno de los asuntos más espinosos y a la vez más importantes para el futuro de la UE: la inmigración y la política de asilo en la UE. Además de exponer el desarrollo de asociaciones humanitarias (ONGs) en España y en el pasado inmediato, su intervención gira en torno a la expresión más intensa de los movimientos migratorios en los últimos años, resaltando cómo unos pocos países (destacando sobre todo Siria) concentran casi el 70% de toda la inmigración. A su vez, los inmigrantes se dirigen a otros pocos países (con Turquía concentrando el peso de la recepción), a los que será necesario ayudar materialmente para que puedan soportar esa carga, aunque eso sirva de subterfugio para evitar que la presión se concentre de forma intensa sobre el territorio europeo.

Después de ofrecer mucha información sobre la situación actual de la inmigración en España y resaltar el peso de la inmigración iberoamericana, las ideas que presiden el resto de su aportación se centran en demostrar el prisma interesante que resulta al observar el movimiento migratorio como una necesidad ante un panorama de una Europa envejecida y con comportamientos demográficos que no permiten el relevo generacional. Por tanto, la inmigración no ha de verse como un problema sino como la posible solución.

El trabajo de la profesora Ares Castro-Conde se centra en el análisis de la dinámica política de la UE, utilizando conceptos y herramientas que corresponden a su especialización como politóloga. La clave está, según la profesora Ares, en la falta de identidad europea y en el déficit democrático que se aprecia por el escaso desarrollo del parlamentarismo y la democracia a nivel europeo. Sería necesario ofrecer un sistema sólido que evitara la huida hacia la identidad



nacional y que no permitiera el abuso de las instituciones sin sustrato ciudadano, es decir, profundizar en la democratización de la Unión Europea y defender sin complejos las ideas europeístas frente a la amenaza de los euroescépticos, precisamente porque son estos los que saben aprovechar mejor el discurso verdaderamente político en su beneficio. Es necesario arriesgarse y politizar el debate sobre Europa, a pesar de que ello conlleve la posibilidad de retroceder en vez de avanzar en la integración europea.

Alejandro Cercas, con una larga experiencia como europarlamentario, trata sobre las lecciones del *Brexit*. Sus reflexiones se producían en un momento en que aún no se había concretado lo que ahora ya sabemos: el abandono de Gran Bretaña de la UE. Pero lo más relevante de las ideas expuestas sigue siendo válido. El *Brexit* inaugura un proceso inédito que rompe la dinámica de la integración e inicia la de la separación. Además pone de manifiesto lo perverso que puede resultar utilizar la política europea para afrontar problemas de política interior de los Estados miembros. Cameron buscaba resolver sus problemas internos y, de paso, arrancar concesiones a la Unión Europea en su trato con Gran Bretaña. Está por ver adónde conducirá el camino emprendido, continuado ahora con un político estrafalario como Boris Johnson.

No obstante, el núcleo de reflexiones de Alejandro Cercas sobre la UE a partir del *Brexit* se resume en obtener lecciones positivas del mismo: la capacidad de resiliencia –Europa es vulnerable pero no débil– que ha demostrado la UE y lo peligroso que pueden resultar ciertas aventuras de las que quizás otros Estados se guardarán en el futuro próximo.

Para terminar el segundo bloque de aportaciones, es interesante apuntar algunas de las realizadas por el General Dacoba Cerviño. En su condición de militar especializado en la colaboración de defensa europea, el general Dacoba, después de constatar la actualidad y pertinencia de considerar los asuntos de defensa como claves para la Europa que viene, realiza una interesante propuesta sobre la necesidad de convertir a Europa en un actor global y fundamental en el marco de las relaciones internacionales de seguridad. Si bien el paraguas norteamericano ha servido muchas veces de refugio y garantía en el futuro, es indudable que estamos entrando en otra fase donde se exigirán avances más contundentes en materia de defensa para ir más allá de la función de poder blando que Europa ha desarrollado hasta ahora.

En la última parte de este trabajo se resumen una serie de aportaciones muy interesantes, que completan la reflexión sobre los desafíos que la UE tiene ante sí para los años venideros.

El desafío más perturbador es sin duda el nacionalismo. Ya se ha comentado al comienzo el lugar central que ocupa el reverdecimiento de sentimientos y actitudes identitarias en la Europa actual. El profesor José Antonio Rubio se encarga de desarrollar este tema central desde una propuesta metodológica novedosa y muy atractiva.

Parte del análisis de tres famosos cuadros de pintores europeos, Kokoshka, Modigliani y Rothko, para fijar la evolución del nacionalismo en Europa desde los albores del siglo XIX a la actualidad como un intento de dotar de racionalidad al caos que supuso la caída del Antiguo Régimen. Pero lo que sirve para el pasado, incluso para el pasado reciente, parece no ajustarse al presente porque el profesor Rubio plantea que en realidad estamos inmersos en la *glocalización*, es decir, una síntesis entre lo global y lo local, con presencia de grandes proyectos políticos transnacionales que conviven con los *micro-nacionalismos* que son un intento de volver al caos inicial. Pasando por el diagnóstico y las causas y continuando por la exploración, el profesor Rubio llega a un pronóstico algo inquietante sobre el efecto que el reforzamiento nacionalista puede tener para la Unión Europea.

El trabajo del Director de la Oficina de la Comisión Europea en Madrid, Francisco Fonseca Morillo, se ocupa de analizar las instituciones europeas y de plantear el rumbo que pueden tomar en su consolidación o en su degradación en los próximos años. Partiendo de la constatación de la necesidad de sumar los esfuerzos europeos, pues los estados nacionales son demasiado pequeños para los retos actuales y de la obligación de subirse a la revolución tecnológica de los últimos años, de la que Europa se ha quedado un poco rezagada, se aboga por abrirse al mundo (también en el terreno de la inmigración pues Europa está muy envejecida) y, sobre todo, por impulsar mucho más la integración a nivel político,

sin menoscabar la democracia nacional pero renunciando a los egoísmos y apostando por dotar de más poder efectivo a las instituciones europeas.

El conjunto de aportaciones sobre un desafío tan evidente como atractivo, las *fake news*, se establece en el cruce de ideas de María Andrés (Directora de la Oficina del Parlamento Europeo en España), Beatriz Marín (Universidad Carlos III) e Ignacio Sánchez Amor (Europarlamentario extremeño).

María Andrés pone el énfasis en la utilización política de las *fake news* y en el hecho de que, más que una novedad, se trata de nuevas expresiones de un fenómeno que siempre se ha producido, solo que ahora es la manera de acceder y de consumir la información la que determina su fuerte impacto y los estragos que provoca, contribuyendo además a reforzar los extremismos. En realidad, debemos preguntarnos qué tenemos que hacer para evitar esos efectos perversos sobre la sociedad, pues muchas veces se critican por parte del poder ciertas prácticas y luego no se duda en utilizarlas cuando resultan beneficiosas para el propio poder.

También se ocupa de la desinformación Beatriz Marín, poniendo de manifiesto que casi todos contribuyen a ella desde intereses variados, reivindicando de paso la necesidad de desarrollar marcos regulatorios que acaben con esta especie de ley de la selva que preside ahora mismo el mundo de la información globalizada.

Por su parte, Ignacio Sánchez Amor recoge también parte de las reflexiones anteriores, pero se centra en la importancia de los sentimientos a la hora de propagar falsas noticias y en la necesidad de jerarquizar y dotar de respaldo veraz a las noticias para impedir que se genere tanto ruido, que es lo que impide distinguir lo verdadero de lo falso.

En la aportación del Secretario de Estado de España (ministerio de Exteriores) para la Unión Europea, Marco Aguiriano, se aprecia una necesidad apremiante: dejar de considerar la realidad de cada país miembro como una cosa desgajada de la realidad Europea y de sus instituciones. Europa no decide ni impone nada, somos los europeos los que hemos dotado a los poderes europeos de esa capacidad, pero a la vez nos hemos beneficiado conjuntamente de sus decisiones. No hay sino que recordar el largo y complejo proceso de adhesión de España y mirar con perspectiva lo que ha significado esa adhesión para nuestro país. Por eso resulta más necesario que nunca promover una mayor integración a pesar de los vientos contrarios que soplan para ese empeño.

Las aportaciones concluyen con Juan Carlos Rodríguez Ibarra, que pone mucho interés en demostrar que, salvo en el idioma que a veces no compartimos, ya somos todos europeos en el más alto sentido de la palabra y eso es posible gracias a que los europeos hemos superado muchas tentaciones y procesos críticos en el pasado. ¿Por qué no es posible afrontar con la misma decisión el futuro

inmediato? Siempre que se habla de futuro se hace con miedo y es necesario volver a plantear el proyecto europeo desde el convencimiento de que es lo mejor que nos puede pasar, apostar por Europa no por obligación sino por voluntad.

Como se ha podido apreciar, las ideas aquí expresadas son muchas, variadas y complejas, pero todas ellas suponen una visión que, aunque desde planteamientos a veces encontrados, al final contribuyen a configurar un conjunto de reflexiones que, en este momento, resultan imprescindibles para impulsar nuevos horizontes. Es necesario recuperar la ilusión y el dinamismo en el seno de las instituciones europeas, pero también en el conjunto de sus ciudadanos. Tras la concreción del *Brexit*, que se ha producido mientras se preparaba este trabajo, creo que se hace más necesario que nunca reconocer el camino recorrido, pero emprender sin más dilaciones esfuerzos conducentes a dotar de más enjundia y contenido al proyecto europeo a través de realizaciones concretas. Es hora de dejar atrás las declaraciones bienintencionadas y ponerse a la faena. Aunque eso no resulta tan fácil, como demuestra la atención final que vamos a prestar a, quizás, el desafío más reciente y probablemente más amenazador para el conjunto de la humanidad.

Debemos, para concluir, hacer una mención específica al desafío que más destaca entre el conjunto de los planteados, porque en realidad se ha convertido en el comodín de cualquier manifestación social en la actualidad: **la desinformación**, que no es otra cosa que la lucha por lo que se ha venido a llamar el relato, indagar cómo se cuentan las cosas (cada grupo social se plantea la reivindicación de sus intereses como un relato que quiere imponerse o que se rechaza). Sea un asunto económico, político o incluso un problema de salud y hasta moral, todo se pasa hoy por el cedazo del relato, imponer un relato es también adquirir poder y ejercerlo en beneficio propio. Hay que encontrar la forma más adecuada de transmitir, pero sin renunciar a la veracidad, convertir el relato no en un fin sino en un medio que soporta valores universales.

La clave estaría en percibir cómo puede encontrar la Unión Europea un relato –desde culturas e instituciones tan diversas, pero a la vez complementarias– para hacer frente a los desafíos y convertirse no solo en el oasis de paz y prosperidad que ha venido siendo desde hace muchos años, sino en el referente para encontrar un lugar destacado en el mundo. ■

